

ESPAÑA EN LA ENCRUCIJADA

Pedro L. Arriba
Director de *Cuadernos Republicanos*

Recibido: enero 2018/ aceptado: enero 2018

RESUMEN

Reflexión sobre los problemas políticos en España y Europa.

PALABRAS CLAVE

Política europea, s. XXI. España. Crisis constitucional. Separatismo. Neo-progresismo.

En 1993, muy pocos años después de la caída del Muro de Berlín y del hundimiento soviético, el analista francés Alain Minc (actualmente consejero del Presidente Macron) publicó una obra titulada *La Nueva Edad Media*. Su tesis era que, desaparecida la Potencia Imperial Soviética y, ante las renuencias norteamericanas a ejercer un poder imperial global y permanente, los países de Europa se podrían ver abocados a una situación de desorden creciente que, en el imaginario de Minc, recordaría tiempos pasados. Unos tiempos que, más que los del denominado Antiguo Régimen, anterior a la época de las revoluciones modernas, recordaría el caos de la época medieval. Es decir, que la realidad europea estaría abocada a la ruptura de los poderes legítimos establecidos, a contemplar atascos del proceso de integración europea, quiebras en la unidad de los mercados, reaparición generalizada de privilegios para minorías y abundancia de desigualdades legales, creciente inestabilidad política, mayor inseguridad jurídica, incremento del peso de los nacionalismos etnicistas y fanatismos identitarios y religiosos, retorno de los conflictos menores, guerras locales, etc.

Así, pese a los ensueños de paz y fraternidad universales que brotaron por doquier tras la caída del Muro de Berlín, la realidad europea posterior al fin del comunismo no ha sido muy feliz y ha estado marcada por el signo de la crisis. Las primeras, entre 1991 y 2000, fueron las correspondientes a las desintegraciones de la URSS y de Yugoslavia.

La guerra se apoderó de los telediarios, especialmente en las sucesivas crisis yugoslavas, durante más de una década. Poco después, la Unión Europea, tras haber lanzado el euro, en 2002, vio rechazada por los electores de Francia y otros países, en 2005, el proyecto de Tratado de la Constitución Europea, abriendo un decenio de incertidumbres culminadas con el *Brexit* en estos años. Y tampoco menudearon las crisis económicas, como las sucedidas entre 1992 y 1998 y, sobre todo, la que se abrió en 2007-2008, cuyos efectos aún centran la política económica actual.

Parece que los hechos han acompañado al diagnóstico de Minc, por lo que su análisis puede servir de marco referencial para comprender la situación de España. En nuestro país, el estado autonómico ha desestructurado mucho al conjunto nacional, tanto que es posible lanzar un desafío secesionista, como el catalán, y mantenerlo en el tiempo, sin que haya una reacción gubernamental que restaure el orden de modo efectivo y relativamente deprisa. El panorama general podría resumirse en un expresivo dicho acuñado para España en los entornos de las instituciones europeas, en los que no deja de causar perplejidad el ver a un país como España, que parece debatirse en la esquizofrenia de trabajar por las mañanas en la construcción de la Unión Europea y, por las tardes, en su desestructuración nacional, con los graves riesgos consiguientes que ello comporta, tanto para los españoles, como para ese mismo proceso de construcción europea.

Todo ello se ha puesto de inmediata actualidad desde septiembre de 2017, en que las autoridades constitucionales de Cataluña iniciaron una rebelión contra la vigente Constitución y el Estatuto de Autonomía. El asunto es de suma gravedad, sobre todo, porque pese a su fracaso concreto, no parece haberse terminado.

Y es que, aunque la cohesión de España viene sufriendo desde hace años serias amenazas, y pese a que el desafío catalán no ha concluido, la solidez nacional de España, fraguada durante muchos siglos, no parece estar aún muy deteriorada. Por decirlo con una expresión gráfica, parece poseer una pésima salud de hierro, pese a todo. El problema, por tanto, ha de situarse más bien en la debilidad del sistema institucional español definido en la Constitución.

Porque la realidad institucional de nuestro país es bastante paradójica. Las instituciones definidas en la vigente Constitución de 1978 hacen aguas por muchas partes, como se está comprobando con el desafío catalán. El momento que vivimos, para bien o para mal, tiene el aire de la crisis de modelo. Muchas voces se levantan, hasta entre los partidos parlamentarios, pidiendo reformas constitucionales.

Y es ahora, en 2018, cuando asistimos al desvanecimiento de las falsas ilusiones puestas en el Estado Autonómico, tal como se concibió y desarrolló. Pero no se desvanecen solas y amenazan desvanecer también las bases mismas de la ciudadanía. En esta auténtica dictadura de las oligarquías partitocráticas, España ha empezado a correr el riesgo de dejar de ser, incluso, comunidad política. Peor aún, la misma idea nacional se combate desde numerosas instituciones del estado, como si España y el Franquismo fuesen una y la misma cosa. La contradicción entre el ser y el querer de los españoles está terminando por crear un conflicto irreconciliable entre el hecho de ser España un todo y la voluntad política de tratarla exclusivamente como agregado de unas partes independizables y separadas.

Si la nación fuera un *Proyecto*, como creyó Ortega y Gasset, y hoy creen todos los partidos, España dejaría de ser pronto una realidad política. Pero la nación es un dato objetivo pese al empeño de los partidos e instituciones en avanzar por el camino de su desintegración. Y, así, a las poblaciones agrupadas en las Comunidades Autónomas, arbitrariamente las más de las veces, y que carecen de fronteras étnicas, religiosas o jurídicas, o de barreras separadoras naturales, se las está intentando redefinir como naciones con fronteras psicológicas o sentimentales, trazadas por la expansión de las ansias de poder de los pequeños partidos nacionalistas, subvencionados por el estado.

Quizá lo más novedoso de la política partitocrática actual es que, hoy, se camufle la negación de la libertad y la afirmación del privilegio apelando a las “izquierdas”. A algunos, invocar a las izquierdas les puede parecer más respetable que otras invocaciones más tradicionales, pero el resultado es el mismo. Si en este solapado período constituyente, el poder de constituir no brota de la nación entera, sino de las partes que pueden convertirse de regiones en Estados, la defensa de la sociedad española, de su libertad y de la democracia puede llegar a quedar en

graves riesgos. Uno de ellos, quizás el principal, es el que amenaza la libertad, la igualdad y la fraternidad de los españoles, es decir, nuestros derechos fundamentales.

Las desgracias no acostumbran a venir solas. Y tampoco hay duda de que, en los últimos años la situación de la Unión Europea se ha deslizado hacia un cierto desorden caótico que recuerda vagamente épocas históricas pasadas. Los problemas de afirmación de la revolución democrática, iniciada en los siglos XVIII y XIX, han sido grandes en Europa. Y ello ha sido así incluso en países como Francia o Inglaterra, a los que se ha querido ver como unos modelos clásicos, que ni lo eran ni lo serán. La modernidad liberal y democrática ha encontrado en Europa resistencias de toda clase, desde el primer momento.

Antaño sus principales enemigos fueron poderosas élites dominadoras de la propiedad agraria, ya desaparecidas, y también movimientos de masas, de arraigo popular, defensores de los pequeños privilegios que recibían del Antiguo Régimen (como el Carlismo español). El socialismo, en sus diferentes variantes, pareció plantearse el agrupar en su seno a todos esos grupos genéricamente “anticapitalistas” desde perspectivas modernas, pero el resultado no ha sido ese. En realidad, los distintos socialismos se han limitado a ser, finalmente, el modo de articulación política de los temores sociales a la libertad moderna y del rechazo al progreso.

El desplome tras la caída de la Unión Soviética de los sueños de los irredentismos ultra-revolucionarios de todo tipo de movimientos genéricamente considerados “socialistas”, bien sean comunistas, socialdemócratas, fascistas, ecologistas, nacionalistas, ácratas, etc., ha producido la aparición de un “neo-progresismo” muy radical, y hasta violento en ocasiones, pero vacío de toda idea que no sea meramente negativa: estar en contra de todo, impugnarlo todo, rechazarlo todo..., pero desde los confortables sistemas de bienestar que pagan puntualmente las subvenciones, con las que se que financian las ONGs y movimientos en los que se han ido agrupando todos los naufragos de las diferentes revoluciones sociales fracasadas del siglo XX.

Perdidos los horizontes del internacionalismo que antaño los animó, muchos de estos grupos se han vuelto fervientes localistas. Perdido el hilo de racionalidad que les dieron algunos de sus ideólogos iniciales, recaen en el irracionalismo más bárbaro, lo que les lleva a incluir hasta al Islám como parte de ese genérico “neo-progresismo”. Perdidos los nortes de la planificación económica estatal, que tan nociva se mostró en el extinto mundo del llamado “socialismo real”, rechazan todas las formas modernas de economía. Perdido el impulso científico del que se pudieron revestir en los siglos XIX y XX, están hasta en contra del consumo creciente de energía eléctrica, lo que no les impide difundir sus consignas en Internet desde ordenadores de última generación. Niegan la validez de todo, afirman aborrecer toda forma estatal o de orden y rechazan cualquier idea de compromiso, pero se agrupan en torno a alternativas de poder efectivas. En la misma España forman un poderoso polo de poder en el partido Podemos.

Pero este “neo-progresismo”, nacido en los años del fin del comunismo en Europa, sólo es progresista en el nombre, pues se opone hasta al mismo progreso de la economía y de la sociedad, y se pierde en la reivindicación de privilegios para minorías de diversa tipología: religiosa, nacional, lingüística, sexual, etc. En realidad forma una pintoresca nebulosa de lo peor de las ideologías reaccionarias, y hasta retrógradas, habidas en los últimos doscientos o doscientos cincuenta años.

La ingenua ideología del “Progreso” creada por la Ilustración, como se puede observar en su autor más significativo, el francés Condorcet, pretendió hacer creer que todos los avatares de la humanidad, los mejores y los peores, habían significado hitos de mejora y de progreso. De ahí que, fruto de ese ingenuo planteamiento, muchos hayan podido pensar que el mero suceder de las cosas en su propio decurso histórico, determina progresos. Nada más erróneo. La Historia nos demuestra que los momentos estelares de la Humanidad no siempre han logrado afirmarse y perdurar. Y que las cimas civilizatorias alcanzadas en algún momento han sido seguidas, a menudo, de caídas en situaciones de barbarie casi inimaginables desde el momento previo de esplendor.

En realidad, lo que hizo Condorcet en su célebre obra *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1794), fue intentar considerar la experiencia europea de los últimos quince siglos,

como ley histórica universal, válida para cualquier tiempo y lugar. Un error éste que pudo ser ingenuo en Condorcet, pero que ya no podemos considerar nada ingenuo en los tiempos presentes.

Uno de los frutos de ese error ha sido la falsa idea de los revolucionarios europeos que, en los tiempos más recientes, creyeron que la destrucción de todo lo real bastaría para que aflorase el porvenir más esplendoroso. Se acaba de cumplir el centenario de la Revolución Rusa. Thomas Paine, en su obra *Sentido Común* (1776), escribía que “bajo los palacios de los reyes se encuentran los jardines del paraíso”, con la ingenuidad propia de la primera revolución liberal. Algo muy parecido se decía en el mayo francés de 1968, sobre las playas que aguardaban a quienes excavasen bajo el asfalto y el pavés de las calles, pero esto ya no era ingenuo, sino irresponsable. La experiencia del siglo XX, en el que tantos en tantas partes se lanzaron a hacer toda clase de revoluciones y experimentos sociales, demostró que la destrucción no conlleva necesariamente nada más que un montón de ruinas y de miseria, sin que de todo ello deriven apenas ventajas, mejoras o progresos para los pueblos y países que se han visto envueltos en esos procesos revolucionarios. El caso español ha sido, en esto, casi paradigmático.

Y, sin embargo, soplan hoy vientos sombríos en el actual entorno europeo. Bajo la invocación de consignas tan absurdas, como pretendidamente ingenuas, como la de que “otro mundo es posible”, se esconde un propósito de destrucción verdaderamente preocupante. Porque creo que, si bien muchos estaríamos dispuestos a esforzarnos en conseguir un mundo mejor, sólo muy pocos estarían dispuestos a caer en situaciones meramente “otras”, como las representadas, por ejemplo, por el mundo islámico, que siendo muy “otro” es igualmente muy indeseable. Y es que, de la mera destrucción de nuestra realidad presente no se seguirá necesariamente nada que signifique mejoras o progresos. Sólo la búsqueda y la lucha por un mundo mejor, nos permitirá seguir logrando avances civilizatorios y progresos en nuestra libertad y en nuestro bienestar.

El único medievalismo que se aprecia hoy en día es el que promueven esos falsos “progresistas”. Son esos que se inventan románticas miradas que vagan por el pasado y descubren en el Oriente, en el Medievo o en las “economías naturales”, la inspiración para

oponerse a la realidad de nuestro presente. Pero en realidad no recalán en la Edad Media o en el Oriente que han existido realmente en la historia, sino en modelos fantásticos, meramente suyos, que nunca han existido fuera de sus ensoñaciones.

La encrucijada actual de España no se limita a un problema regional, como el catalán, por muy grave y peligroso que éste sea. En España se desarrollan también los mismos problemas que en el resto de los países de nuestro entorno. El mismo problema del separatismo es un fenómeno que también se produce, con sus propios matices, en otros países europeos, como recientemente ha sucedido en el Reino Unido, o pasa en Italia, Francia, Bélgica, etc. Pero los grandes problemas de fondo son los mismos o similares y su solución, un gran reto para la supervivencia de la democracia, tal como la hemos conocido hasta ahora. En Europa y en España.